

Paraíso olvidado

I

Abre los ojos y ahí está, debajo de él, el mundo. Montañas al fondo y bajo sus alas la verde llanura se extiende más allá del horizonte. Siente el viento acariciar sus plumas, el halcón, oteando el aire en busca de una presa. Vira rápidamente su vuelo y ve a lo lejos un pequeño pueblo del cual huye, buscando el cielo, el humo negro de la guerra.

Los tiempos han cambiado y la joven bestia alada lo percibe. Las batallas han acabado con la actividad del hombre, y la naturaleza, por el momento, ha ganado terreno. La humanidad, al borde de la extinción, lucha entre sí por la supervivencia y su única salida la ha encontrado en los animales, en su apoyo y su carne.

En la planicie, bajo la imponente ave, un pointer inglés de blanco pelaje y manchas negras se mueve sigilosamente entre las altas hierbas. El gran hocico del perro busca incesante una señal, un pequeño olor que le indique donde encontrar su caza. Localiza al rato a una pequeña perdiz escondida de la mirada del halcón entre la maleza, ignorando la presencia del perro. En cuestión de segundos la presa advierte cómo las fauces del can están a punto de cerrarse en torno a su plumaje, sin dudarlo ni un solo instante se alza en vuelo consiguiendo escapar de su depredador, de su propia muerte.

Pero ilusa, no había hecho más que caer en una trampa preparada a conciencia por ambos cazadores. Está fuera del alcance del perro pero acaba de entrar en un territorio más mortal y peligroso; el aire, donde le espera el aéreo carnicero.

No se levanta más de dos metros del suelo cuando mira hacia el cielo y ve, cayendo en picado, al halcón. Replegando sus alas y dejando la caída en manos de la gravedad, el experimentado cazador se acerca vertiginosamente hacia su presa, clavando cada pupila en su objetivo, sin pensar en nada más que en darle alcance.

La perdiz presiente su fin, hace todo lo posible por esquivar a su verdugo, pero éste no cesa en su descenso, corrigiendo su trayectoria según se mueve su víctima. El choque es inevitable, a escasos metros de su presa el ave abre sus grandes garras dispuestas para dar el golpe mortal.

Paraíso olvidado

Unos segundos más y el combate había terminado. La perdiz se hallaba muerta en el suelo y sobre ella, el halcón se erguía presentando su triunfo al mundo.

Desde la lejanía se escuchó el sonido de un silbato y al rato apareció junto al perro un chico joven de tez clara y castaño, liso y largo pelo. El halcón se subió de inmediato al brazo izquierdo de su amo, cubierto por un guante de cuero. Inmediatamente el chico le obsequió con un pedazo de perdiz y cubriéndole con un capuchón le dijo:

-Bien hecho, Hábrók. Comeremos un día más gracias a vosotros. Tu también has estado genial, Garm – susurró el chico al oído del animal.

II

Así pasaban los días y meses, Erik intentaba sobrevivir solo, sin más ayuda y compañía que su perro Garm y su halcón Hábrók. Su existencia se había vuelto monótona, gris, llevaba más de seis meses sin tener contacto con otro humano y estaba empezando a olvidar su propia lengua, con la que hablaba a sus mascotas para no perder el juicio. El último compañero que había tenido había sido asesinado delante de él por un grupo homicida de humanos llamado Tyr. El objetivo de esta organización consistía en capturar a animales valiosos con los que poder cazar y ofrecer los dueños de éstos a sus bestias como triunfo, como alimento. Solían usar perros de guarda y defensa de las razas doberman y rottweiler, auténticas máquinas de combate. Además, iban acompañados de beagles que rastreaban el terreno en busca de presas. Erik sabía que los Tyr andaban detrás de él y que no tardarían mucho en encontrarle; su arte en la cetrería le convertía en un blanco valioso.

Erik, era totalmente consciente de ello, pues había sido así como habían matado a su amigo. Y sabía que teniendo un perro y un halcón, el rastro de olor era lo suficientemente intenso como para llamar la atención de los rastreadores.

Pero en ese momento todos los esfuerzos de su cuerpo y su mente estaban concentrados en la caza.

Erik se encontraba en un frondoso bosque, sosteniendo un arco y apuntando con la flecha al cuello

Paraíso olvidado

de un ciervo joven. Garm protegía la retirada de la presa por tierra y Hábrók surcaba los cielos en busca de cualquier ave despistada a la que poder dar caza.

Solo separaban unos segundos al joven de su comida y justo antes de soltar la flecha de su arco, el animal cayó al suelo sin razón aparente. Tras observarlo mejor, se dio cuenta de que éste tenía clavado una flecha en su costado izquierdo: el punto ciego del chico.

Inmediatamente después apareció una figura femenina acercándose al ciervo con un arco en la mano. Sus movimientos gráciles, su figura perfecta y su preciosa cara impresionaron al chico, que se escondía tras los grandes árboles. Una pequeña zorra seguía a la chica.

Hacía más de dos días que no comía y Erik no iba a dejar escapar una presa con la que podría comer durante semanas.

-¡Quieta! – Gritó entre los árboles, apuntándole con el arco – deja el ciervo donde está, date la vuelta, huye y nada malo ocurrirá.

-¡Phyra! – gritó únicamente la joven. Obedeciendo la orden, la zorra salió corriendo, abalanzándose hacia Erik, quien apuntó hacia el escurridizo animal. Pero de la nada apareció Garm, quien se lanzó hacia Phyra, tumbándola de un golpe en el suelo y sujetando su cuello con las fauces. Cuando Erik volvió a dirigir su mirada y arco hacia la joven, ésta ya le apuntaba con el suyo. Ambos se quedaron mirando a los ojos, sin atreverse a disparar. Tras unos segundos de indecisión, uno de los dos habló:

-Mi nombre es Nasya y esa zorra que está sujetando tu perro es Phyra – dijo de forma directa pero con un sutil tono dulce. Se la veía decidida y sin temor a nada, seguramente no era la primera vez que se enfrentaba a alguien en esas condiciones. – Nadie tiene que morir aquí si no queremos.

-¡Primero enséñame tu hombro derecho! – dijo Erik tembloroso, pues no tenía casi experiencia en combates uno a uno. El silbato para llamar a Hábrók estaba en su bolsillo izquierdo y con las dos manos ocupadas en el arco no podía hacer nada para que su aérea mascota le ayudase.

-¿Por qué? Eso supondría dejar de apuntarte – afirmó Nasya intentando adivinar las intenciones de Erik.

Paraíso olvidado

-¿Sabes quienes son los Tyr? – Preguntó Erik, la chica asintió – Llevan un tatuaje con forma de flecha en el hombro derecho. La única forma de asegurarme de que no eres una de ellos es que me enseñes dicho hombro.

-De acuerdo, pero antes ordena a tu perro que deje a Phyra en paz – dijo la joven. Dubitativamente Erik mandó a Garm que se retirara. Tras haberlo hecho, Nasya enseñó su hombro derecho, en el que no había ningún tatuaje. Inmediatamente después, el chico bajó el arco, enfundó su flecha y enseñó su hombro derecho en el que tampoco había nada.

La joven bajó la guardia y ambos se acercaron. Decidieron que lo mejor para ambos, pese a la desconfianza inicial, era continuar su camino juntos.

III

Ya habían pasado más de dos años desde su encuentro y Erik y Nasya estaban realmente unidos. Habían llegado a formar grandes lazos entre ellos y su coordinación en el combate empezaba a ser perfecta; alternaban la caza con cánidos, la cetrería y la caza con arco. Usaban esa arma por su silencio, poseían armas de fuego pero preferían no usarlas porque alertarían a cualquier Tyr que hubiese cerca.

A Erik le gustaba realmente Nasya, pero aún no se había atrevido a dar el paso. Le atraía especialmente la seguridad que emanaba de ella, su madurez, su sonrisa y su dulzura. En cambio, la mujer no parecía mostrar especial interés por su compañero y aquello le taladraba la cabeza y le impedía dormir en ocasiones.

Podían pasar días casi decirse nada, pues no tenían mucho que contar, pero el vínculo entre ellos no desaparecía.

Aquella mañana habían cazado un jabalí y se encontraban comiéndolo cuando los ladridos de varios perros les pusieron en alerta. Se escucharon disparos a lo lejos y gritos de júbilo; los Tyr les estaban dando caza.

Estaban en el lugar perfecto para una emboscada, en mitad de una gran llanura, blanco fácil para experimentados francotiradores Tyr. Pero sabían que no les buscaban a ellos, sino a sus animales.

Paraíso olvidado

Delante de ellos se encontraba una gran cordillera montañosa de donde procedían los gritos y los ladridos y a sus espaldas se encontraba un pequeño pueblo. Los Tyr llevaban varios días tras ellos y habían conseguido ponerles entre la espada y la pared sin que ellos lo supieran.

Sólo había una escapatoria: el bosque, situado a media hora a pie del pueblo, allí tendrían cierta cobertura y refugio. No sabían si tendrían suficiente tiempo, pero había que intentarlo. Sin pensarlo más, ambos salieron corriendo hacia el pueblo, en dirección al establo. Sabían que allí los Tyr tenían entrenados a varios caballos con los que podían huir y aunque seguramente encontrasen resistencia, no les importaba, sus vidas dependían de ello.

. . .

Llegaron al pueblo, exhaustos, con los enemigos pisándoles los talones. En la puerta mandaron a los cánidos a rastrear la zona y acabar con cualquiera que se encontrara en las instalaciones. Hábrók informaba desde el aire de la posición de los Tyr mediante chirridos que sólo sabía interpretar Erik.

Al poco tiempo se oyeron varios ladridos y gritos de dolor y tras una señal auditiva de los cánidos, ambos entraron en el edificio. Recorrieron los largos pasillos, siguiendo a los animales, hasta llegar al lugar donde se encontraban los caballos. Ninguno de los dos tenía mucha experiencia cabalgando, pero estos animales estaban entrenados para que cualquier persona pudiera montarlos sin ningún tipo de problema.

Erik escogió una yegua de pura raza española de capa alazana; un ejemplar maravilloso, de colores marrones, con una pequeña mancha blanca en el hocico a modo de cordón. Se montó sin dificultad, tendió la mano a Nasya para que subiera, se puso detrás de él y rodeó con sus brazos la cintura de Erik, más seguro y confiado.

Un chirrido de Hábrók les sacó de su ensimismamiento, alertando de la presencia cercana de los Tyr. Empezaron a escuchar disparos que se acercaban.

Sin pensárselo dos veces salieron del establo a galope tendido en dirección al bosque, seguidos de Garm, Phyra y Hábrók. Podían abandonar a sus mascotas y salvar sus vidas, pero ambos sabían que

Paraíso olvidado

eso les impediría cazar y a la larga morirían de inanición. Su única salida era huir o perder la vida en el intento.

Las balas silbaban a su alrededor. A sus espaldas unas diez personas armadas con fusiles de asalto se acercaban a lomos de caballos, seguidos de perros de las razas doberman y rottweiler. Disparaban hacia su posición. Erik sentía verdadero terror, las balas silbaban a su alrededor y bastaba una sola de ellas para acabar con su vida. Corría, corría lo más rápido que podía. Sentía como su corazón se desbordaba, latiendo sin cesar ante la presencia de la amenaza.

. . .

Llegaron al fin al bosque y, dejando a la preciosa yegua a los pies de la arboleda, continuaron su huida a pie.

A los pocos minutos se pararon de escuchar los ladridos, gritos y disparos. Un silencio inquietante invadía el bosque, sólo se escuchaba el crujir de las ramas al paso de los animales, la profunda respiración de los jóvenes y el jadeo de los cánidos.

Un disparo atravesó la arboleda y rompió la quietud del aire. Erik cayó al suelo, herido en el hombro, inmediatamente Nasya se abalanzó en su ayuda, llorando, suplicando un perdón que parecía no llegar.

Consiguió Erik incorporarse, empuñando una pistola cuando aparecieron en el pequeño claro donde se encontraban una pequeña manada de perros dispuestos para el ataque. Casi al instante, Garm y Phyra se pusieron en frente de sus amos, poniendo sus vidas en peligro por protegerles.

Nasya empuñó también una pistola.

-No dejaré que te toquen – Susurró a duras penas el joven a su amiga.

-Erik... - dijo Nasya con voz queda mientras dos lágrimas recorrían sus sonrojadas mejillas.

Un grito proveniente del interior del bosque acabó con la conversación. Como si respondiesen a una orden, los siete perros que componían la manada enemiga se abalanzaron hacia ellos dos, que no dudaron en disparar. Garm y Phyra también se unieron al combate.

Paraíso olvidado

Todo ocurría muy rápido; los ladridos, bocados, y disparos se sucedían sin que hubiera cese alguno. Tras un par de minutos todo había acabado. Los enemigos habían sido derrotados, pero Garm y Phyra sufrían graves heridas en el cuello y las patas, impidiéndoles el movimiento. Algo desconcertaba a Erik, que se sujetaba la severa herida de su brazo izquierdo, los Tyr estaban perdiendo muchos animales para conseguir un perro de caza, un zorro y un halcón. Y desde luego podrían haberles matado, pues ya le habían dado en el hombro. Pero el hecho de que los dos tuvieran armas de fuego había desbaratado los planes de los Tyr, convencidos en que la manada de perros acabaría con ellos.

Un nuevo disparo volvió a romper el silencio, alcanzando a Erik en la rodilla izquierda. Cayó al suelo retorciéndose de dolor, Nasya se abalanzó de nuevo en su ayuda, cayendo de rodillas, sollozando, acariciándole la cara e intentando parar la hemorragia con un pedazo de camiseta que ella misma se había arrancado.

-Es el fin, Nasya, huye, yo les detendré – Dijo decididamente Erik con una mueca de dolor en la cara – Corre y no mires atrás. Si te salvo mi vida cobrará sentido.

-¡No digas eso, Erik! – Exclamó Nasya llorando – no dejaré que mueras. No te dejaré atrás.

La joven sujetó la cabeza del chico con ambas manos y se acercó lentamente. Sus labios se unieron en un beso curativo que les inundó de una paz que nunca habían tenido. Sabían que aquel era su final y que su tiempo se acababa.

Una voz procedente de sus espaldas acabó con el glorioso momento:

-¡Deja el arma donde pueda verla y date la vuelta lentamente! – Ordenó un hombre de mediana edad con la tez oscura, pelo largo negro y barba de tres días – No hagas ninguna tontería y todo saldrá bien.

-¡Cómo si soltar el arma me salvase de la muerte! – Gritó Nasya a la vez que se levantaba y tiraba el arma de su compañero y la suya lejos, admitiendo su final - ¡Solamente queréis a nuestros animales y nuestro cuerpo como alimento para los vuestros!

-Te equivocas, no hemos desperdiciado tanto tiempo y recursos por un perro, una zorra y un halcón – Admitió el Tyr – En este grupo hay algo más valioso que todo eso, tú.

-¿Yo? – Preguntó dubitativa. Erik veía la escena desde el suelo, esforzándose por no perder la consciencia y sabiendo que su vida se le escapaba por las dos heridas de su cuerpo.

-Sí, exacto, tú – replicó el Tyr – Una mujer es lo más valioso que existe hoy en día, y más si es una chica joven, como lo eres tú. La humanidad está casi extinta y nuestra supervivencia como especie depende de la vuestra fertilidad.

-¡Nunca caeré en vuestras manos! – Dijo Nasya negando con la cabeza.

-Ve... te matarán sino lo haces... - Dijo Erik lo suficientemente alto como para que solo le oyese ella. Aunque su corazón se partiese en dos y su alma se desgarrase al verla marchar y comprendiendo lo que ello suponía, sabía que no había otra alternativa.

-No... - Dijo mirando a Erik con dulzura – no quiero convertirme en una esclava durante toda mi vida, me quedaré aquí yaciendo contigo, por siempre.

-¡Vamos, muchacha! - dijo el hombre desde el otro lado del claro con una sonrisa siniestra en la cara – Despidete de tu amigo, déjale morir en paz y ven. Cómo pase los últimos momentos de su vida sólo depende de ti, si no vienes nos ocuparemos de torturarlo.

Nasya obedeció a las órdenes del Tyr, se agachó y volvió a besar a Erik, por última vez. Pero ya había ideado un plan; mientras se despedía del chico cogió el silbato de llamada a Hábrók. Acarició la cara del joven y al levantarse usó el objeto. De inmediato apareció Hábrók desde las alturas, cayó en picado y se dirigió como una flecha hacia el Tyr volando a un metro del suelo, con las patas extendidas, dispuestas a acabar con su enemigo.

Con un movimiento rapidísimo, el hombre desenfundó su pistola y disparó tres veces al ave. Dos de las balas fulminaron al halcón, que cayó al suelo abatido. La tercera siguió su trayectoria hasta impactar contra el pecho de Nasya, atravesándolo de lado a lado.

Bajó la mirada, perpleja e incrédula observó como de su pecho salía el terrorífico líquido rojo. Perdiendo las fuerzas se desplomó hacia el suelo, en una caída que duró una eternidad.

Paraíso olvidado

Yaciendo en el suelo, Nasya alargó el brazo, buscando la mano de su compañero, estrechándola firmemente. No se podía mover casi y empezaba a verlo todo nubloso. Giró su cabeza por última vez hacia Erik y vio como él, en sus últimos momentos de vida le sonreía. Y deseando que esa fuera la última imagen que viese en su existencia, le dirigió también una mirada dulce... y una sonrisa.

Gonzalo Polo Paredes